



Pasión por la ópera: Barrán junto a su esposa, Alicia Casas, frente al Metropolitan de Nueva York.

# Desde la intimidad de José Pedro Barrán

**Alicia Fernández Labeque**

**Óscar Jorge Villa**

---

*Departamento de Investigaciones  
Biblioteca Nacional*

“Leer, leer, leer; ¿seré lectura mañana  
también yo?  
¿Seré mi creador, mi criatura, seré lo  
que pasó?” (Miguel de Unamuno)



## La historia, una práctica y un discurso

Michel de Certeau señala que el análisis de todo trabajo está condicionado por un período (en este caso el Novecientos), un objeto (la historia de la mentalidad) y un lugar (un historiador del siglo xx, riguroso en el estudio que logra transitar desde el afuera a lo más íntimo).

Ejes que serán nuestro rumbo para intentar analizar la última obra de José Pedro Barrán. Ambos fuimos sus alumnos, lo consideramos un referente en la materia y tuvimos el privilegio de conocerlo y compartir con él uno de sus trayectos de vida más difíciles: el momento de su destitución como docente, en plena dictadura (1979). No se puede comprender lo que realmente significan estos escritos independientemente de la práctica de donde proceden. En una época en que nos vemos llevados a minimizar el verbo (el actor productor) para privilegiar el complemento (el objeto producido), nos encontramos con un historiador que se define a sí mismo como “artesano investigador”, y deja una obra que señala un camino para el análisis histórico en un marco de estudio, reflexión, autocrítica y finalmente de testimonio, desde el afuera a lo más íntimo de su persona.

La historia oscila entre dos polos. Por una parte nos remite a una práctica, por consiguiente a una realidad, y por otra es un discurso cerrado, el texto que organiza y cierra un modo de inteligibilidad. La historia es sin duda nuestro mito. Combina lo pensable con los orígenes, según el modo como una sociedad se comprende. [De Certeau, 33-65.]

De eso se trata. Barrán logra dejar una huella, un camino que nos permite comprender la sociedad en que vivimos, por medio de su más honesta y rigurosa

respuesta a las interpelaciones que cada autor da a las preguntas sobre el pasado. Su pasado fue el no tan lejano Novecientos, donde se encuentran muchos presentes, principalmente a la hora de analizar ideas, valores, conductas y tradiciones. La ruptura entre el pasado que constituye su objeto y un presente que constituye el lugar de su práctica marcó el límite necesario para rescatar a la historia como una ciencia humana. Es necesario entonces recordar que una lectura del ayer, por más controlada que se encuentre por el análisis de los documentos, siempre está guiada por una lectura del hoy. Una y otra se organizan en función de problemáticas impuestas por una situación.

Marcelo Viñar –amigo personal de Barrán– nos ilumina en este estudio al referirse a la vocación de articular al sujeto de la intimidad con el ciudadano que se expresa en la vida pública, y nos manifiesta que existe una zona de articulación o conflicto entre lo público y lo privado, que la conciencia transmite bien o mal, pero también es un lugar de residencia psíquica de nuestras intimidades y secretos, en cuyos intersticios habitan nuestros devaneos y sueños diurnos. Pensamientos íntimos que nos resultan a la vez tan familiares y extraños, y que nos asedian.

Lo íntimo es el secreto entendido como la reserva del yo ante los demás, pero también es el secreto que yo soy para mí mismo, es mi profundidad, lo que sé o solo intuyo de mí, pero acepto, rechazo o me asquea.

Tratemos de analizar lo íntimo, comparándolo y diferenciándolo de lo cotidiano y lo privado. Son tres formas de ser del sujeto que aluden a su yo de maneras diversas. Lo cotidiano estaría constituido por las prácticas que se realizan sin esfuerzo y sin atención, hábitos y rutinas, que pueden ocurrir tanto en el espacio privado como en el público, y casi siempre alude a interacciones con los demás. Lo privado, siguiendo al historiador Georges Duby, se referiría a lo estrictamente familiar más que a lo personal, “a la integración tranquila y deseada del sujeto en el único mundo en que cree poder vivir y realizarse en los siglos XVIII y XIX, la familia, en el que ésta indicaba lo prohibido y lo admitido”. (Viñar)

Lo íntimo, nos señala Barrán,

aludiría inequívocamente [...] a la interioridad psíquica del sujeto, a sus secretos más que a lo visible, sus angustias, iras, temores y amores, a su mundo de sueños y proyectos; podía ser el lugar del refugio del yo ante las intemperancias del “afuera”, pero es también el lugar del conflicto consigo mismo, el otro, la familia o la sociedad.

Viñar plantea que no es fácil derribar los muros que separan la teoría de la práctica y superar las barreras de las jergas académicas, de los dialectos que con sus conceptos buscan delimitar los territorios para definir problemas y respuestas. Así pensado, Barrán, que pertenece a ese mundo académico de la investigación rigurosa, de la búsqueda permanente de las fuentes, se introduce en un contexto subjetivo que logra exponer con claridad luego de un largo proceso personal de reflexión.

Habitualmente cada campo disciplinario convoca reuniones para discutir en el interior de la tribu, para progresar y profundizar el concepto de objeto y método que caracterizan a cada ciencia, práctica u oficio. Este “separar para comprender” de los paradigmas de la modernidad (Calabrese) y el especialismo al que condujo fue hegemónico en ciencias humanas durante el siglo xx, y dio sus frutos, los dulces y los amargos. [Viñar]

Barrán, hijo de esta época –al decir de Max Weber–, se parece más a su tiempo que a sus padres. Celoso en preservar el territorio de su método y objeto de estudio, manifiesta cierta cautela en el manejo de otras disciplinas como la antropología, la filosofía, la sociología y particularmente la psicología, sin desconocer el agotamiento de los enfoques unidisciplinarios, y repensar algunas categorías en términos sociohistóricos que permitan abordajes desde criterios multi-referenciales. Paradigmas complejos, multicausales, pero pensamiento débil de un saber parcial en un amplio lugar para un gran resto incognoscible. Productos de este tiempo y desde la experiencia inédita de un psiquismo que funciona con parámetros diferentes en sus coordenadas espacio-temporales, coordenadas que son el soporte de ese relato interior que nos da un sentimiento de mismidad, relato interior que ha sido designado con nombres diversos: introspección, hermenéutica del sí mismo.

Desde esas pautas la cultura contemporánea se caracteriza por lo efímero y lo instantáneo. La desaparición de un mundo pensable, predecible, donde había largos senderos a recorrer, que incluían sorpresas, accidentes y rupturas. De un futuro que nunca se cumplía como tal pero era vislumbrado como posible, pasamos a un presente sobrecalentado (P. Nora) donde el tríptico del tiempo vivencial interior, que antes se desplegaba como un presente que anudaba pasados y futuros, anhelos y proyectos, hoy es la urgencia perentoria de metabolizar lo actual, de sufrirlo o disfrutarlo y padecerlo, intensamente, pero sin mañana.

Barrán sabe que historizar implica establecer conexiones de sentido; ligar la experiencia actual al pasado, y desde allí proyectar el paso siguiente.

Al respecto nos dice Viñar:

El contraste y alternancia entre una experiencia psíquica transitiva y otra reflexiva me parece crucial como operación psíquica para el metabolismo de un fuero interior. Durante el siglo xx el ámbito de lo público y lo íntimo o privado eran espacios claramente discernibles.

Esto nos permitía escoger nuestras afiliaciones, lealtades y pertenencias, en adhesión o rebeldía a las reglas y costumbres hegemónicas, a las normas instituidas por la moral vigente, y así tejer (de modo creativo o delirante) una épica personal que nos configuraba como seres singulares, con pretensión de originalidad. Hoy este contraste entre lo público y lo íntimo parece subvertido o transparente, siempre elusivo y evanescente. Para entender la producción de subjetividades en el mundo actual se hace necesario transitar un camino de búsquedas en las fronteras donde se anuda la vida íntima o privada y el nosotros de la vida social.

## Dejemos que hable Barrán

“Lo personal nos acecha. Más vale advertirlo, sacarle provecho como posible fuente de conocimientos y a la vez temerlo como única inspiración” (Barrán, 2008: 8). Esto señalaba el historiador en la “Introducción” al libro editado en 2008, esa obra crepuscular que publicara a los 74 años de edad, la última, a la postre, de una extensa trayectoria que culminaría como ser humano –pero no en cuanto a la proyección– con su fallecimiento en 2009.<sup>1</sup> Crepuscular porque se vislumbra en sus páginas –las iniciales, con preferencia– una retrospectiva, un balance personal, una confidencia comunicada al lector, no exenta de cierta tribulación ante la proximidad de la “noche”, palabra que permítasenos usar como equivalente a “muerte”. Palabra que a él, suponemos, le hubiera gustado aplicar. Símil que su admirado Wagner utilizó aunque desde otra perspectiva:

[...] es el encanto de abandonar la vida, de no ser más, de la redención postrera en ese maravilloso reino del cual nos pasamos cuando queremos entrar en él a viva fuerza. ¿Lo llamaremos la Muerte? ¿O no será el mundo maravilloso de la noche de donde –según dice la leyenda– brotaron una hiedra y una vid en estrecho abrazo sobre la tumba de Tristán e Iseo? [Leighton Cleather y Crump, 40]

Tiempo atrás, al hacer referencia a lo íntimo, había señalado que la historia no puede dar cuenta de lo que los hombres fueron sin relatar su interioridad. Entonces se autodefinió como “artesano investigador de lo personal”, sin dejar de advertir que los lugares sociales y económicos ocupados por los individuos condicionan de múltiples maneras sus interioridades y “hasta pueden bloquear sus desarrollos” (*Intimidad*, 19). Y añadió:

lo personal y lo colectivo, lo íntimo y el afuera, en el hombre se contagian y se interpenetran, aun en este siglo xx que ha colocado en su punto más alto el derecho a la autorrealización. Los hombres no podemos escondernos de nosotros mismos, de la culpa con que vivimos el mal que la sociedad estigmatiza. [*Intimidad*, 18]

Retengamos esta última frase pues de ello, lo escrito en plural por Barrán en 2001, hubo huellas en el Barrán de 2008. No podemos escondernos de nosotros mismos, de la culpa con que vivimos.

---

1. La figura de José Pedro Barrán es, por su formidable trabajo historiográfico y su tarea docente, fundamental en la historia y en la cultura uruguaya de los últimos cincuenta años. A un año de su muerte, acaba de editarse *Epílogos y legados*, EBO, un libro que recupera distintos trabajos y textos, donde Barrán estudia temas que marcaron la última etapa de su vida, la visión trasformadora acerca de su oficio, sus reflexiones en torno al sujeto contemporáneo, sus convicciones en el terreno educativo, los fundamentos de su renovado nacionalismo a propósito de la discusión sobre el calendario patrio y la fecha de la independencia nacional, el universo libre de sus ideas y obsesiones a través de reportajes y discursos. En una segunda parte titulada “Resonancias” se incorporan doce escritos de amigos e intelectuales convocados para que desde un criterio de absoluta libertad temática, dejaran su visión sobre él mismo. Se incluye también un material iconográfico que evidencia la importancia que otorgaba a sus afectos y a la música.

Él estudió lo personal y lo colectivo, a los que calificó como categorías de análisis que en la realidad no existen.

El individuo es social, sus dramas y angustias más íntimos provienen de esa circunstancia, de que sobrevivió gracias al cuidado de sus padres y de que se hizo persona liberándose de ellos, de que su placer sexual exige al otro, de que sus sentimientos requieren del semejante. [*Intimidad*, 21]

Sin embargo no desconoció que buena parte de la historia parece estar configurada —son sus palabras— por el conflicto entre el individuo y su sociedad. El descubrimiento que hoy hace la historia de lo privado y lo íntimo, dijo, probablemente no fuese más que uno de los episodios de ese enfrentamiento. Observó que el individuo siempre tiene algún campo, más o menos restringido de acuerdo con su personalidad y el tipo de sociedad que integra, para tomar sus decisiones con libertad o para utilizar estrategias e inventar estratagemas y ser, a veces incluso con cierta plenitud, él mismo o, por lo menos, lo que cree desear. Apreciaciones de un investigador que finalmente, con las limitaciones del caso, aplicó a sí con autenticidad.

En *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos* se puede rastrear una cierta apertura al lector, no común en Barrán, y que adquiere el carácter de confesión. Vocablo éste que él utiliza y, por qué no suponer, tiene algo de cristiano:

¿Acaso yo como persona, de forma similar a mis objetos de estudio del Novecientos, no conocí las culpas del pecado de la “carne” por haber integrado una familia católica con un sacerdote entre sus miembros? [*Intimidad*, 8]

“Confesión” en el sentido de “abrir” a los otros, fuera del ámbito de los que lo rodeaban, parte de su propia subjetividad; es decir, hacer público lo privado, con las limitaciones lógicas que ello exige. Acontece en su último libro, el que por lo antedicho es una excepción en su carrera académica. ¿Quizás? Porque la coyuntura en que lo escribió era única, la propia a su *memento mori*, la de quien, como escribió Lope, “esperaba con agonía el día de su muerte”.

En la lectura se aprecia meditación, reflexión transmitida al ajeno, de determinados avatares de su vida —la vida— y su destino —el destino.

“La vejez conduce a escribir con cierto desparpajo, crea un clima receptivo para que se produzcan encuentros entre la intimidad de los otros y la propia.”

Meditación, reflexión sobre el pasado, el presente y ese “seco final que nos aguarda”, palabras del autor escritas en líneas donde se declara ateo, en consonancia con el “seco final”. Y al recordar un texto de Cesare Pavese ubica la palabra clave:

Pavese no era el Jorge Manrique de las *Coplas a la muerte de su padre* del siglo xv, interesado en alertar sobre lo pasajero de las glorias mundanas, sino como buen contemporáneo mío, quería un conjuro destinado a evitar lo perocedero de nuestro pasado, y

¿qué mejor que volverlo literatura? Yo no podía hacer eso, pero sí intentar transformar mi intimidad en parte de mi oficio de historiador, en usarla como documento... ¿y así vencer al olvido?

De acuerdo, constituye una profesión de fe; pero dejemos por el momento que hable el *historiador*, porque la palabra clave referida con anterioridad es “angustia”, diferente de la angustia de los demás. El dolor es el que nos personaliza, finalizó.

Me resultaba casi insoportable que uno de mis recuerdos, ¿u obsesiones?, desapareciera “sin dejar rastro”, *ese* [en negrita en el original] que bien podía ser el hilo conductor de todas las etapas de mi vida. Si lo escribía tal vez adquiriese la resonancia de representar de alguna forma a lo colectivo y así desafiaría al olvido. Al fin y al cabo, lo estrictamente personal nunca es del todo individual pues lo social siempre nos acecha y, en parte, nos estructura. En la vejez lo he advertido, somos menos originales de lo que creemos.

El escritor aparece desde el inicio en la actitud de cuestionar su trayectoria, de interrogarse sobre la evolución por él seguida en lo profesional, pero también –y paralelo a lo anterior– en lo propio surge lo introspectivo.

A veces me pregunto cómo fue posible que en el momento en que mi intimidad era más densa y reclamante haya escrito solo historia de lo público, de lo macro, de lo económico, lo social y lo político. Y por qué cuando mi vida personal se estabilizó y logré cierto tipo de acuerdo resignado [sic] con la realidad, comencé a escribir otro tipo de historia, preocupado por las mentalidades de los sujetos concretos de carne y hueso que la protagonizan. [*Intimidad*, 7]

El punto de partida –así aparece en la enumeración que realiza– es la *Historia de la sensibilidad*. Una “intimidad” “más densa y reclamante”; la estabilidad y cierto tipo de acuerdo con la realidad, la subjetividad propia planteada con reserva, límites, que el investigador respeta porque resulta suficiente y ¿esclarecedora? Pero llama la atención el inicial “cómo fue posible”. ¿Tiene una perspectiva “culposa”? Posiblemente. En tanto profesional de la historia, halla explicaciones a esos “aparentes o reales desfases”. Se ubicarían en el “afuera” y en “mí”. ¿Cuáles? La juventud –su juventud– de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado habría estado obsesionada por lo público en detrimento de lo privado, visto como una traición “pequeñoburguesa”. Pudor al desprecio hacia lo relacionado con las historias familiares o los temas que aludían a ellas.

¿Por qué no detenernos un instante en un detalle? Por ejemplo las dedicatorias que Barrán y Nahum pusieron a la *Historia rural del Uruguay moderno*. En el Tomo III, *1895-1904. Recuperación y dependencia*, leemos: “Para Clara y B.”. “Clara”, segura referencia a Clara Zafí, esposa de Benjamín Nahum. ¿Y “B”? ¿Pertenece esta referencia a Barrán? ¿No hay en esta incógnita un argumento que robustecería en parte la autopercepción del Barrán de 2008 con respecto a aquel de 1973, si a él corresponde el enigma? ¿Él que, como su generación, rechazaba lo privado, y éste que lo siente como “obsesivo”? Quizás corresponda, en tanto explicación aproximativa, por

el vocablo “pudor”. De todos modos, que permanezca la duda. No interesa la respuesta concreta, sino solo constatar el hecho. Respetemos su privacidad, la de 1973 y la de siempre. ¿Acaso no citó Barrán reiteradamente la frase de André Malraux, frase “desencantada” [sic]: “El hombre no es más que un mísero puñado de secretos”?.

No olvidemos que quien narra es el historiador vinculado desde tiempo atrás con psicoanalistas a quienes no deja de citar y agradecer su colaboración. Que quien narra lo hace a partir de Freud. Parecería que en *Intimidad* subyace el mismo planteamiento pero aplicado a sí mismo.

Consideramos sí que en esas generaciones pesó mucho el “afuera”, un “afuera” acuciante (y por ello fermental), el de la crisis del Uruguay liberal. Que requería fuerzas y un despliegue de todas las capacidades para despertar de la “siesta” (en cierto aspecto) que se vivía desde tiempo atrás, y abordar así los problemas del momento. Pero si nos circunscribimos al campo historiográfico, éste fue de una riqueza en la producción que para ejemplificar recordaremos estas palabras de Barrán y Nahum, tomadas del Tomo II de la *Historia rural*: “Los autores integran el equipo ‘Historia y Presente’ con Blanca Paris de Oddone, Roque Faraone, Juan A. Oddone, Carlos Benvenuto, Julio Millot, Lucía Sala de Touron, Nelson de la Torre y Julio Carlos Rodríguez”. Nombres y apellidos de quienes renovaron los estudios históricos y dieron impulso a los hasta entonces escasos aportes de los historiadores en lo económico y social. Cada cosa a su tiempo, cabe indicar.

Hacemos nuestras las aseveraciones de Tomás Sansón en oportunidad de su estudio sobre historiadores que trataron el período colonial:

En historia de la historiografía los riesgos de cometer anacronismo son muchos. [...] cada historia produce lo que su contexto epocal y el grado de desarrollo de la disciplina se permiten. No me preocuparon tanto los “hechos” que tradicionalmente se tienen en cuenta para la elaboración de “marcos históricos”, sino el “clima” sociopolítico y cultural que continentó a cada autor. [307]

Obvio es afirmar que Barrán lo sabía. Lo habría dicho, según el semanario *Búsqueda*, el viernes 11 de octubre de 1996, en el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH):

[...] un historiador o cualquiera no puede dejar de pertenecer a su cultura y a su época, porque siempre se especula dentro de un pensamiento anónimo y constrictor que nos obliga y nos determina de alguna manera. [...] Pertenecemos a un género, yo soy hombre; pertenecemos a una clase, soy un pequeñoburgués, o grande –a esta altura quisiera ser grande pero soy pequeño– y a una nación.

Ubica como otra explicación el ocaso de la experiencia del socialismo soviético y del imperio ideológico del marxismo. “La intimidad se puede vengar, y en más de un sentido. Puede que hasta tenga parte en aquel ocaso la insatisfacción del ‘adentro’ del sujeto.” (2008: 8) No explica en qué sentido pesó este factor. Dejemos de lado la discusión de si el régimen soviético era socialista, pero precisemos



lo de “imperio ideológico del marxismo”. Hombre de izquierda, en su labor historiográfica Barrán fue crítico de dicha postura con una actitud –propia en él– de mesura, pues reconoció aportes y objetó lo que lógicamente no compartía. Así lo hizo, por ejemplo, con el análisis de la obra llevada a cabo por el equipo integrado por Lucía Sala de Tourón, Julio Rodríguez y Nelson de la Torre. En este aspecto no adhirió, a título ilustrativo, con el esquema marxista “esclavismo-feudalismo-capitalismo-comunismo” que en lo historiográfico dicha postura aplica a toda realidad. En oportunidad del análisis correspondiente al entorno político-social de los años 1869-1875, Barrán y Nahum escribieron en 1967:

[...] para colmo de males, la terminología europea que estamos obligados a emplear por carencia de una propia –“feudalismo”, “señor”, “lazos de dependencia personal”, etc.– dificulta la correcta aprehensión conceptual de nuestras realidades, haciéndolas más nebulosas e imprecisas. Los sustantivos tales como feudal o señorial, implican hacer referencia a toda una estructura cultural que evidentemente nos fue ajena. Hasta tanto no lleguemos a crear una tipología local, todos estos exámenes carecerán de la necesaria certidumbre científica. [*Historia rural*, 1967]



Líneas más adelante señalan que no creen “en las categorías históricas universales” válidas para todo espacio y tiempo, lo que les llevó a desechar la hipótesis de un feudalismo uruguayo.

En ocasión de ser entrevistado por Gabriel Bucheli y Jaime Yaffé, Benjamín Nahum hizo referencia al momento de la destitución de ambos como profesores, en 1979, cuando imperaba la dictadura cívico-militar. Preguntado sobre el interrogatorio que le hicieron en el curso del sumario recordó:

[un] abogado que la iba de profesor de filosofía, con el cual tuve una buena discusión para demostrarle que no éramos marxistas, pero que no éramos marxistas por convicción filosófica, no por compartir su ideología antimarxista. “Ah, no –decía–, porque todo el pensamiento del siglo xx está influido por el marxismo.” “¿No me diga –le decía–; ¿y usted diría eso de Bertrand Russell? A Russell le podían decir cualquier cosa, menos que era marxista.” Y le empecé así a nombrar a cuatro o cinco pensadores no marxistas (por ejemplo Karl Popper), pero... la orden ya había venido de arriba. (Bucheli y Yaffé, 281)

Luego Barrán afirma que cambió también “este investigador”, “al que todavía le cuesta expresarse en primera persona, ¿como tributo que rinde a la ‘necesaria impersonalidad’ que debía caracterizar a las antiguas investigaciones históricas?”. (2008: 8) Posiblemente. Pero también puede ser testimonio de una personalidad: la propia sencillez, la humildad que lo llevó incluso al escrupuloso “deber” de reconocer todo aporte recibido, como lo reflejan las notas en cada uno de sus libros. No ya las tradicionales fuentes –obra editorial, página– sino también el aporte personal. “Algunas de las ideas aquí expuestas las debo a Daniel Gil y Marcelo Viñar. Los errores de interpretación de sus textos y dichos son de mi responsabilidad.” (Barrán, 2008: 8.) La responsabilidad iba acompañada de la autocrítica y el “observarse” (leerse).

En una ocasión escribe que cincuenta años antes, cuando era estudiante, le había impresionado mal que Artigas hubiese supeditado el acuerdo con Buenos Aires, para continuar el combate con los españoles “refugiados en Montevideo”, al restablecimiento de su “honor y reputación”. Manifiesta que creía exagerado el orgullo personal de “nuestro héroe”. “Hoy sé que estaba equivocado, y en varios planos. Los españoles no estaban ‘refugiados’ en Montevideo, eran Montevideo.” (2008, 78)

Más acá en el tiempo, es rever sus afirmaciones, no dejarlas congeladas, lo llevó a observar “supuestos erróneos” en el Tomo I de la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*, como cuestionar aseveraciones vertidas en la *Historia rural*. ¿Impersonalidad, pues? Sí. Pero también modestia –en el buen sentido del término– y probidad. Pero en *Intimidad* hay una ruptura, reflejada en esta “confesión” y en el “mí” que aparece. Al afirmar que hoy –2008–, en este comienzo del siglo XXI, lo público y lo privado pueden estudiarse por separado o vincularse “sin vergüenza”, anota:

El contexto ha variado. La historiografía hace ya varias décadas que asumió el estudio de la interioridad de los individuos. ¿Acaso la historia francesa de la vida privada no lleva más de 20 años de publicada? Tengo ejemplos en los que inspirarme pero debo confesar que este estudio de lo privado es en mí casi obsesivo y no refleja la evolución del colectivo de los historiadores. [*Intimidad*, 7]

En este aspecto refiere que le resultaría insoportable si uno de sus recuerdos “¿u obsesiones?” –*Tristán e Isolda*, el drama de Richard Wagner, en este caso– desapareciera:

En sus orígenes fue evitar que desapareciera sin dejar ningún rastro ese recuerdo y la pasión con que lo he vivido y vuelto a vivir cada vez que lo oigo como sonido y lo veo como representación en un teatro. [*Intimidad*, 9]

Primero le subyugó la música; luego, por ella, llegó a su libreto para advertir la confirmación de lo que sentía al oírla, la multiplicidad de contenidos del amor como pasión y drama. Esto lo aferró aun más a esa memoria que se enriquecía con el paso de los años. “Advirtamos que Wagner escribió tanto la música como el libreto.”

Y en este dejar de lado la dificultad de expresarse en primera persona, indica:

A veces llego al absurdo de pensar –pero como lo pienso lo diré, pues ese absurdo da cuenta de la densidad de mi obsesión– que me es insoportable la muerte de ese recuerdo, pues no puedo admitir que con él se vaya para siempre la pasión con que lo he vivido y revivido, como si temiera que el *Tristán* mismo se empobreciera al borrar el registro de las veces que lo he oído (tantas que no las puedo precisar) y visto en la escena (nueve).

Tiempo atrás había escrito:

En *Tristán e Isolda* o en *La Traviata* el espectador podía hallar tanto la justificación de la entrega sexual y hasta una descripción o alusión musical a ella, como el alimento para su sufrimiento-gozo si deseaba evitarla. Al fin y al cabo, la esencia de estos productos

culturales era permitirle al espectador vivir la pasión vicariamente, a través de sus héroes y la música. [*Amor y transgresión*, 241]

“Solo después de esta confesión debe sobrevenir el plano académico.” Si algo caracterizó a Barrán en el plano historiográfico en los últimos años fue abordar el tema de lo íntimo. Deudor confeso de la escuela francesa en la materia, nutrió sus reflexiones con una amplia bibliografía, desde Philippe Aries y Georges Duby, hasta otra que incluye estudiosos anglosajones, por ejemplo, representantes no específicamente del campo de lo histórico. La exhaustividad bibliográfica fue un rasgo propio a su análisis. Está de más hacer referencia a su detallado conocimiento del material nacional, incluso su pesquisa en archivos y periódicos de la época que considerase.

Pero un punto fundamental lo constituye, en este contexto, la literatura, clave en sus investigaciones. No solo la que podríamos llamar “clásica” y universal, sino aquella nacional de autores reconocidos, como también la de quienes no trascendieron en el análisis hecho por parte de la crítica.

Los historiadores observamos fundamentalmente lo que sucede en público y a la luz del día, y hasta el dormitorio se nos escapa a menudo. Por ello las dificultades para comprender en su habilidad, por ejemplo, el control de la natalidad, un hecho que se origina en lo íntimo, repercute allí y en la pareja, y suena con altavoces en la esfera de lo público, en la estructura demográfica de las sociedades y en la fortaleza o debilidades de los estados. [*Intimidad*, 20]

Basa esta afirmación en Louis Ferdinand Céline, pues indica que el hombre al que dicho escritor (“algo cínico y pronazi”) refiere es real y revela más que *al abstracto de los científicos sociales*. Pero no plantea una falsa oposición: a su entender, las dos miradas deberían combinarse.

Considera que el escritor se adentra aun más en el misterio de lo humano. Muestra un mundo de conducta, reflexiones y valores que de otra forma pasarían desapercibidos. Porque –asevera– es difícil dejar testimonios de nuestros interiores, y, “tal vez peor”, es poco frecuente que los historiadores lo consideren de interés. Considera un error entender que lo individual carece de significado, es irrelevante por no ser representativo del todo. En sentido contrario, ciertos misterios sociales residen y se expresan en nuestro “adentro”, porque éste no es solo nuestro y es menos original de lo que pensamos con orgullo. Esta fue una de las contribuciones mayores de Barrán, desde hace años, en el campo historiográfico: aproximarse al “adentro” y no desde el “afuera”.

Reconoce en el nacimiento del psicoanálisis en el Novecientos –“la época no es casual”– lo que el primero nos ha enseñado sobre la complejidad de las motivaciones humanas. Advierte sobre el peligro de seguir aferrados a la afirmación opuesta, “todo se decide de día”; esto es creer que los procesos históricos trascendentes ocurren en la esfera de lo público y no de lo íntimo.

La Noche a la que se refieren el Tristán de Wagner, Tolstoi en su Diario y Céline en su novela, es el tiempo de los deseos confesos e inconfesables, de las fantasías generosas y

perversas, del amor y los asesinatos del pensamiento, los más siniestros, en una palabra, de la intimidad. La historia no solo debe dar cuenta de ello para conocer al hombre de carne y hueso, que es su materia prima, sino también para comprender al Día, lo público, lo colectivo. [*Intimidad*, 21]

Hay una relación recíproca entre ambos. De esta manera, la ley penetra en la Noche y la oscurece aun más con la culpa del adulterio, sancionado como delito en Uruguay hasta 1907; el deseo penetra en el Día y legitima el divorcio, sancionado como ley en Uruguay ese mismo año. Las normas en la materia habrían provocado nuevas formas de censura en la sociedad uruguaya.

El senador Tiscornia lo advirtió en 1907: a las viejas líneas divisorias políticas, blancos y colorados, y las más novedosas en el plano del pensamiento, católicos y liberales, ahora había que sumar la de divorcistas y antidivorcistas, sobre todo por las demasías de los primeros, en 1907 el mutuo consentimiento y en 1912 el divorcio por la sola voluntad. [*Intimidad*, 276 y 277]

En páginas anteriores había escrito que al estrenarse en Montevideo *Tristán e Isolda* en 1903, Tristanes e Isoldas se encontraban en el escenario y en la platea. La ópera no acotaba su drama al adulterio, pero en él se basaba. Y en aquel Novecientos temprano, el adulterio era un drama y un crimen castigados por la moral, la ley y los individuos en su propio interior.

Las sociedades perciben tanto lo sucedido como lo que pudo suceder, lo realmente acaecido como las esperanzas de unos que fácilmente se transforman en las pesadillas de otros. De este modo, las percepciones de los hechos se integran como hechos a la historia. [*Intimidad*, 268]

En el último capítulo de su libro, Barrán advierte que el tema a estudiar no es fruto de una investigación histórica sistemática, “sino meras impresiones personales” sobre la moral privada hoy dominante y sus posibles relaciones con la que se vio nacer en el Novecientos, la “nueva moral privada”.

Lo que en el Novecientos fueron comportamientos minoritarios y desafiantes, pasó a formar parte a fines del siglo xx de los hábitos de la mayoría y a integrarse como probabilidad en todo futuro individual.

El hombre contemporáneo se define más por sus deseos que por sus necesidades, es decir, por el logro de placeres más que por la conjura del hambre y el frío, pues es el hijo perfecto de una civilización material que provee bienes en abundancia, al menos en los países del Primer Mundo y en las clases acomodadas de nuestra América (y, por cierto, de seguro en la mayoría que me está leyendo). [*Intimidad*, 315]

Y en esta postura de observar la sociedad en que vivimos, este presente, Barrán marca con precisión que la diferencia mayor entre nuestra moral y la nueva del Novecientos es en cierto modo una culminación extrema de esta última, “un

fruto que la postula con inocencia”; el derecho a ser y mostrarse como se es. O sea, el reverso del viejo derecho al secreto con que la intimidad se había protegido. Con un profundo conocimiento del mismo rastreó las raíces de la sociedad en la cual vivimos. Comprender el presente por el pasado. Comprender el pasado por el presente. Una vez más cumplió con esta máxima de Marc Bloch, uno de sus historiadores preferidos, que junto a Lucien Febvre, afirmó:

En verdad, conscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizados, donde es preciso, con nuevos tintes, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado [...]. Un gran matemático no será menos grande, a mi ver, por haber atravesado el mundo en que vive con los ojos cerrados. Pero el erudito que no gusta mirar en torno suyo, ni los hombres ni las cosas, ni los acontecimientos, merece quizá, como decía Pirenne, el nombre de un anticuario útil. Obrará sabiamente renunciando al de historiador.

José Pedro Barrán fue (es) un historiador.



- 
- BARRÁN, José Pedro, *Amor y transgresión en Montevideo. 1919-1931*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2001.
- *Intimidad, divorcio y nueva moral en el Uruguay del Novecientos*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2008.
- *Historia rural del Uruguay moderno. 1851-1885*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1967.
- “El historiador José Pedro Barrán invitó a dejar de construir ‘una historia de izquierdas’, dominada por visiones ideologizadas”. Entrevista en el semanario *Búsqueda*, Montevideo, 17 de octubre de 1996.
- BLOCH, Marc, *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1967.
- BUCHELLI, Gabriel y YAFFÉ, Jaime, “Conversación con Benjamín Nahum”. *Cuadernos del CLAEH. Revista Uruguaya de Ciencias Sociales*, 94-95, Montevideo, diciembre de 2007, p. 281.
- DE CERTEAUX, Michel, *La escritura de la historia*. Capítulo I. México: Universidad Hispanoamericana. Primera edición.
- LEIGHTON CLEATHER, Alice y CRUMP, Basil, *Tristán e Isolda. Descripción e interpretación con arreglo a los escritos de Wagner*. Versión de la segunda edición inglesa. Barcelona: Gustavo Gili, Editor. MCMXXVII.
- NEVES, Salvador, *El legado de José Pedro Barrán*. Semanario *Brecha*, Montevideo, 8 de octubre de 2010, pp. 22-23.
- SANSÓN, Tomás, *La construcción de la nacionalidad oriental. Estudios de historiografía colonial*. Montevideo: Universidad de la República. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Serie Tesis de Posgrado en Humanidades, 2006.
- VIÑAR, Marcelo, “Los tiempos actuales, una amenaza a la intimidad”. Colloque international de théorie politique. 23 al 25 de abril de 2010.